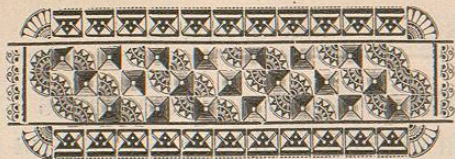


cará su dicha y no la hallará: siempre errante, jamás verá cumplidas sus esperanzas ni satisfechos sus deseos.

Trepará por los montes, cruzará por los valles, se internará en las selvas, pasará los mares buscando una estrella; y no sabe que esa estrella fija está y alumbra siempre desde el cerro de la Bufa.



ZACATECAS

DESPUES DE LA APARICION

CUANDO el astro rey aparece majestuoso en el horizonte para otra vez más enviar á la tierra sus delgadas cintas de luz, cuando abren las flores del campo su caliz para perfumar el am-

biente; cuando nos acercamos á la playa y recibimos en nuestra frente las brisas del mar; cuando escuchamos el cantar de inocentes avecillas halagando nuestro sentido; cuando hieren dulcemente nuestros oídos las melodías de la música más fina y delicada, ¡qué sentir tan agradable! ¡qué mudanzas tan dulces se verifican en nuestro organismo!..... ¿No parece que nuestra alma respira más fácilmente y con dulzura? ¿No parece que se tornan más suaves, más atractivos nuestros sentimientos?

¿No tiene lugar en nosotros un cambio radical? Todo aparece con nuevos y mejor dorados

matices. Creemos sin duda que hemos sido trasladados á un paraíso.

Si esto se realiza en el corazón de un hombre ¿por qué no ha de realizarse en el corazón de un pueblo....?

Es indudable que se requiere una causa de mayor potencia: al fin un pueblo son muchos corazones, muchas voluntades, y cada uno tiene un modo de ver las cosas porque cada uno tiene su propio y peculiar carácter.

Zacatecas observó un hecho; hecho maravilloso, grandilocuente, pues habla á todos y á todos se dirige.

¿Qué impresión; qué mudan-

za causó en el pueblo zacatecano?

No es tan fácil el describirla como se supone.

Para comprender los alcances de un efecto cualquiera, es necesario conocer la grandeza de la causa.

¿Cuál fué la causa de que se cambiara y tan radicalmente el corazón del pueblo zacatecano?

Ya lo hemos dicho. Y ¿en qué consistió esa mudanza?

Todos los zacatecanos, desde el más chico hasta el más grande, desde el pobre hasta el rico, desde el esclavo hasta el señor, abrazaron la religión tres veces noble, tres veces santa, tres ve-

ces salvadora, la Religión Católica.

El estado en que se encontró entonces Zacatecas, no es comparable con aquella tan triste condición de vida en la cual yacía antes de la tan feliz Aparición.

Preciso es fijar la mirada en esta tan alta condición de vida.

¿Qué pasa en un pueblo recién convertido á la Religión Católica, y mucho más á instancias de la Madre de Dios. . . . ?

¿Qué pasa en un buque de pasajeros cuando desaparece la tormenta y renace la calma?

¿Qué, en los campos bajo las influencias de un crudo invier-

no, cuando nace la primavera..?
¿Qué, en una nación envuelta en
lucha intestina, cuando se pre-
senta al libertador....?

¿Qué, en una prisión, cuando
llega un hombre, abriendo sus
puertas, rompiendo cadenas, de-
jando libres manos y piés de los
encarcelados....?

¿Qué, cuando el sol llega á su
cenit....? Esto mismo y aun
más tiene lugar en un pueblo
que llegó á conocer, amar y ve-
nerar la religión del Crucificado.

Zacatecas vió caer á sus piés
las cadenas que tiempo hacía lo
tenían inerme; Zacatecas vió
rasgarse un velo, el velo que cu-
bría sus ojos para no ver lo que

estaba detrás: la Religión que
salva y diviniza; Zacatecas vió
rasgarse la nube detrás de cuya
sombra estaba el cielo.

Cayeron las puertas de su ne-
gra prisión; cayeron sus yerros,
huyeron los que la custodiaban
llenos de espanto porque allí
había penetrado una cruz que
todo lo pacifica, que todo lo re-
pone en su orden primitivo, cu-
yo lema es: "Libertad, Ilustra-
ción, Amor, Salud."

Zacatecas cambió totalmente
de aspecto. Ya no es aquel pue-
blo salvaje é idólatra que hemos
visto retratado en las páginas de
la historia.

Rehusa hasta el simple re-

cuerto de su anterior vida. Con la luz que alumbró su frente, con la caridad que encendió su corazón, con la justicia que dió á conocer sus fueros, con el cielo que se franqueó, con la vida que allí se extendió como suave airecillo que todo lo inunda y reanima, yergue su frente mirando al cielo, con paso firme, mirada serena, corazón magnánimo, ambiciones inmortalés y esperanzas que llevan sobre sí mismas la inmortalidad. Preguntemos á este pueblo por sus glorias, por su nobleza, por su hidalguía al otro lado de la Aparición; y repitámosle esa misma pregunta al lado de acá de la mis-

ma Aparición. Allá está esclavo, moribundo; congelada su sangre, frío su corazón, amortiguada la vida, dormida la inteligencia.

No hay en su alma una esperanza que se llame inmortal, no hay en su pecho una aspiración noble, ni en su corazón un latido en verdad enérgico; y ahora comprende que la esperanza inmortal, las aspiraciones del alma y las energías de la sangre, están junto á la Aparición, junto á María, junto á la Cruz.

Todos los zacatecanos respiran ahora al lado de la Madre de Dios, hasta que, del corazón de todos cual si fuera el corazón de

uno solo, brote un grito poderoso, fuerte, que sea escuchado en los cuatro ángulos del Continente. Ese grito brotará espontáneamente, y muy luego, sin indicaciones de nadie, como una inspiración que viene de las alturas.

Brotará del pecho del niño como del corazón del anciano, de los labios de la doncella como del alma del joven, de entre la opulencia del rico, como de entre las miserias del pobre.

Ese grito pondrá alto, muy alto un nombre que hasta entonces había sido desconocido. Y tan alto será y tan fuerte su entonación, que hasta las mismas

piedras, las fuentes, los árboles, las cañadas de los montes, los cerros, lo repetirán á las generaciones venideras para que se trasmita de una sangre á otra sangre, de unos corazones á otros corazones, de unas á otras edades.

Oidle, ya se percibe un eco.

Todos los zacatecanos proclaman á la Santísima Virgen por reina y patrona suya bajo el título de Nuestra Señora del Patrocinio.

Este ha sido el eco, las frases propias de la proclamación tan solemne y tan universal no se escucharon; partieron de todos los corazones y sólo ellos las saben.

No basta el eco de esa proclamación. Ella se ha conservado para memoria de todos, porque Zacatecas no ha muerto, vive y vivirá. Este grito lleva consigo la libertad de todo un pueblo, libertad duradera, libertad dulce al propio tiempo que fuerte, libertad amplia que á nadie rechaza ni coarta, tal como descendió de lo alto de la Cruz.

Un hombre cuyas proezas y heroísmo están escritos en la fachada de un templo, descendió á un calabozo empuñando su mano diestra una bandera.

Echando por tierra aquellas puertas, dice á los prisioneros: *sois libres, viva la libertad!*

Al oír esta frase, con la tan grata impresión que les produjo; enfermos que allí había recuperaron las fuerzas, niños que lloraban porque no tenían pan, suspendieron sus lágrimas, mujeres débiles y enfermizas se revistieron de nunca visto heroísmo, ancianos con su blanca cabellera, recuperaron sus energías; y de aquella prisión salieron todos formando un pueblo de valientes militares, de hombres probos, de trabajadores, de artistas, dejando por doquiera rastros de su cultura y moralidad, de su perfección y grandezas.

Hé aquí ese pueblo. Hé aquí su libertador. ¿Qué pueblo? Za-

catecas. ¿Qué libertador? La Santísima Virgen.

De modo que Zacatecas ha sido una de las más renombradas conquistas de la Madre de Dios; conquista para la verdadera libertad, conquista para Jesucristo, conquista para la vida verdadera, conquista para el cielo.

Dios, por lo visto, determinó que su inmaculada Madre fuera quien atrajese al pueblo zacatecano al reino de Jesucristo, á la Religión Católica.

Pocas veces, muy pocas habrá así obrado la Madre de Dios, siendo ella el elemento principal, la voz más fuerte y poderosa para arrancar á un pueblo del

culto á los falsos dioses como de todas las consecuencias de estas creencias y llevarle al culto del Dios verdadero, á la verdadera libertad, á la verdadera grandeza.

Obra de mérito inexplicable, maravilla de primer orden ha sido ésta; y raras veces encontrada en las historias y tradiciones de los pueblos.

Nadie sinó la Reina del cielo podía realizar estos cambios tan generales y en un espacio de tiempo tan limitado.

Pero ¿quién resiste al poder de tal reina? ¿Quién á las influencias y atractivos de su amor?....

Sin embargo, ¿qué pretendía?

¿Qué pretendía tal Reina al conducirse de esta suerte con el pueblo zacatecano? ¿Qué pretendía al bajar del cielo y dejarse ver á la falda de un cerro? ..

¿Pretendía que en la cima de aquel cerro se le edificara un templo, y tener allí sus adoradores?

Pretendía ésto, sí; mas no por sí misma. Ya tiene un templo: el cielo; ya tiene sus adoradores: toda la corte celestial.

Pretendía tan sólo el bien de los zacatecanos; en ellos había puesto su corazón, porque entre ellos había de estar su trono; sobre el trono su imagen y sobre esta imagen el nombre tres

veces grato de *Nuestra Señora del Patrocinio*. Efectivamente. El Patrocinio de María, esto es, su poder con su amor, había de estar personificado en lo alto de un cerro: el poder que gobierna y el amor que atrae. Estas dos perfecciones quiso manifestar y de una manera palpable la Virgen Madre de Dios sobre el pueblo de Zacatecas. *Poder* para gobernarle y dirigirle. *Amor* para tornar dulces sus penas, llevaderos sus trabajos, gratas sus amarguras y deliciosa su vida.

Ese poder jamás morirá, ni llegará á extinguirse ese amor. Tendrá sus alzas y sus bajas.

Descenderá alguna vez, pe-

ro será para más tarde subir más alto, tornándose más fuerte y artero el uno y más dulce y atractivo el otro.

Este es el fundamento de todas las glorias y proezas de los zacatecanos.

Sobre esta base tan incommovible, se han levantado para jamás borrarse de la memoria de los mortales.

Esta es la base de sus riquezas, de su moralidad, de su ilustración, de sus progresos; y á la vez que de los más ricos ha sido uno de los pueblos de mayores perfecciones así públicas como privadas. La base estaba firme, y aún lo está y lo estará siempre.

Sobre base tan segura y tan bien construida ¿qué no se podrá levantar? Se podrá levantar un pueblo más guerrero que los romanos, más culto que los atenienses, más valiente que los espartanos, más hermoso que Menfis; y sobre ese valor y sobre esa cultura, y sobre ese heroísmo, y sobre esa hermosura, levantarse ha una imagen, la imagen de la Divinidad que salva.

Por más ideas que se aglomeren en la mente, por más símiles que conciba la fantasía, no se puede describir sino á grandes rasgos la transformación verificada en el pueblo zacatecano después de la Aparición.

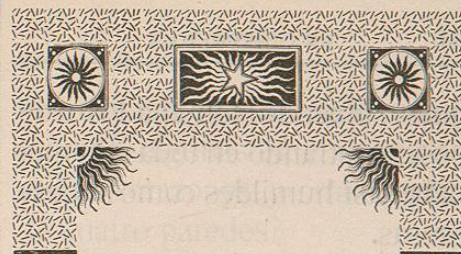
La Madre de Dios no lo hace todo de una vez, ni de un solo golpe realiza sus intentos. Sería entonces como un relámpago, que pasa y fascina, como un trueno que por momentos impone silencio á la tierra. Para completar su obra y ultimar todos sus planes, deja que venga el tiempo para que así mejor quede grabada su imagen en el corazón de todos.

No obstante, solamente esa obra de transformación tan colosal, que parece el tránsito del no ser al ser, de la muerte á la vida, basta para dar una idea de cuanto la Madre del Verbo ha hecho en beneficio y utilidad de los zaca-

canos, no únicamente de los de aquella época, sino también en provecho de los descendientes de aquellos cuya sangre es la misma, cuyo sentir es el mismo, cuyas creencias son las mismas, y cuyo carácter también es el mismo; carácter de fé, de energía, de probidad, de amor á su celestial Patrona.

Esto, sin duda, ensancha el corazón de los zacatecanos, sin duda realza sus aspiraciones, sin duda eleva su alma, sin duda perfecciona y ennoblece sus costumbres para decir siempre muy alto y en todos los idiomas con frases sentidas y enérgicas:

“Hè aquí nuestra Patrona especial, Nuestra Señora del Patrocinio.”



OBRAS MARAVILLOSAS

DE NUESTRA

SEÑORA DEL PATROCINIO

EN ZACATECAS

PARA comprender y abarcar las obras de un ser extraordinario, sobrehumano, precisamos estudiar su poder, medir sus alcances, recorrer sus caminos, seguirle por do quiera, internándonos con él en los bos-